

Nota del director

A los veinte y pocos años y recién terminados mis estudios como director en la escuela de cine, me di cuenta que para hacer una película todavía tenía que recorrer un largo periplo de formación y maduración a nivel vital. Entre otras cosas, me licencié como director de teatro. Siempre decía, en tono de broma, que estudiaba el arte dramático para ser mejor director de cine. En este tránsito empecé a dirigir espectáculos teatrales y a ampliar mi conocimiento sobre la actuación y el lenguaje escénico. Nada más que lidiar y experimentar con las posibilidades del comportamiento humano en el espacio y el tiempo, y jugar a la vida y a la muerte con su más preciada invención: el lenguaje o, dicho de otro modo, la poesía, para mí, casi lo mismo.

Encaminado en esta búsqueda, en el perímetro mismo del lenguaje como única posibilidad vital para trascender lo humano, coincidimos con el que se convertiría en el mejor y únicamente posible aliado artístico en esta hazaña para luchar en favor del arte y su salvación (quimera tan generalizada como necesaria en la fe del artista ingenuo cuando se inicia). Este aliado ha sido, y es, Pablo Rosal. Con él fundamos *Esdeveniments Ludovít*, algo así como un grupo de terrorismo poético que invoca el vacío en cada uno de sus actos para que se abran grietas en el universo y la antimateria emerja en cualquier rincón como una masa amenazante de oquedad. Así de sencillo. De nuestras interminables charlas, conspiraciones y actos enviados al mundo salió, como no, la idea de hacer una película.

Con este ímpetu y corazón en mano sentí que, tal vez, se estaba invocando en mi interior un director capaz de lanzarse, esta vez sí, a la aventura vital de hacer la película a partir del monólogo teatral "*Un trabajo*" escrito por Pablo. Nos pusimos a elaborar un guión a partir de este texto con la misma vocación que hemos hecho cualquier evento con *Esdeveniments Ludovít*. Esta película tenía como única pretensión (no existe la libertad sin el valor, ni el valor sin el error, ni error sin pretender, así que no considero nada malo en lo pretencioso), como una única pretensión, repito, el reflexionar sobre el estado de la imagen hoy en día. No hace falta pensar mucho para darse cuenta que la imagen hoy en día está a punto de perder, si no ha perdido ya, su capacidad para decir, hasta para mostrar, para hablar des del lenguaje mismo, des de la poesía. El abuso, el exceso con el que la humanidad (esa humanidad "irremisiblemente condenada a la caverna platónica") está usando la imagen para su desarrollo menos espiritual, está llegando a un límite de esterilidad que nos aboca a una insensibilidad tecnocrática, a una visión del mundo sin ojos, sin sentidos, por lo tanto sin mirada, sin la tan necesaria sensibilidad regeneradora que necesita la humanidad para existir libremente. Y el arte nos hace libres.

Para mí, cualquier utilización consciente del lenguaje es un arte, lo es hablar, moverse, mirar y a su vez lo es escuchar, ser mirado, observar. Si perdemos la capacidad de mirar para crear nos estamos condenando a la inanidad vital. El cine, como imagen-luz que se desliza por la pared de una cueva hasta el maldito móvil que emite la banalidad de lo humano, pasando, por supuesto, por la sacralidad de la pantalla “convencional” en la sala oscura, es el paradigma materializado del mirar y del ser mirado, ya que es el territorio de la imagen-movimiento, interior y exterior. Es “el mundo con individuos” que transita como un paisaje y que al moverse se convierte en mirada. Es la mirada que se crea a sí misma cuando es mirada. “*Un trabajo y una película*” es una película que nace para evidenciar el hecho del mirar y el ser mirado. Esta película profundiza en el pozo de realidad y ficción (como decía el poeta ciego “ya indistintos”) en el que ha caído la imagen o la propia humanidad.

Con ella surge una mirada, una cámara que necesita (atención: ¡El cine es una necesidad!), para inventar ficciones de una manera honesta y seguir contando historias, reales o no, poner a la imagen en jaque ante su propio vacío, que la imagen mire en un espejo su rostro para darse cuenta que ya no es dueña de sí misma ni de lo que representa. En su evolución como lenguaje, el cine, se rebela contra sí mismo para regenerar los periodos agotados. Hoy día, ante la apabullante emisión de imágenes sin fin que recibimos, cabe plantear la posibilidad de haber llegado a un estadio de saturación que pide a gritos (con primerísimos planos mudos) un replanteamiento del mismo hecho de hacer cine. Y aquí está, pretenciosa y honesta a su vez “*Un trabajo y una película*” .

¿Alguien duda que John Ford o Herzog se han preguntado por qué han hecho o hacen cine? ¿O que Víctor Erice estuvo comulgado por el misterio de la luz? ¿Si las polémicas autenticidades de Leos Carax levantan polvaredas, ¿por qué será? ¿Es la soledad de los personajes de Peckinpah luchando contra sí mismos, contra todos, la soledad de cada uno de nosotros? Cuando Kubrick genera imágenes des de la mismísima mente o Cassavettes filma la pasión barriendo la intimidad, el arrebato vampírico de la cámara de Zulueta, la valentía de Godard, probablemente el cineasta más honesto, el gesto de amor hacia el mundo de Tatti o el movimiento eterno de la tentación surreal en Buñuel, la lucidez de Tarkovsky, la bidimensionalidad de Sokurov, la verdad sin límites de Bresson; sin extenderme, cuando todo aquél o aquella que coge una cámara diciéndose ¿por qué la cojo? La coloca y piensa ¿aquí estás bien colocada? La enciende y le habla ¿qué vamos a filmar? Entonces empieza a surgir lo que llamamos una película. Esta película surge de ellos, de nosotros, y, por supuesto, del espectador que la llegará a ver para crear conjuntamente una única y nueva mirada.